ANTONELLA MARTY

HABLEMOS DE LIBERTAD CULTURAL

ANTONELLA MARTY

HABLEMOS DE LIBERTAD CULTURAL

CUATRO ENTREVISTAS EN DEFENSA DEL LIBERALISMO

cedice Libertad
IDEAS EN ACCIÓN

FUNDACIÓN Libertad

ATLAS NETWORK

ANTONELLA MARTY

Directora Asociada del Center for Latin America en Atlas Network (Estados Unidos). Directora del Centro de Estudios Americanos en Fundación Libertad (Argentina). *Senior Fellow* de la Fundación Internacional para la Libertad (España). Conductora del pódcast *Hablemos Libertad*.

CONTENIDO

4 ALEJANDRO BONGIOVANNI

LEGALIZACIÓN DE LAS DROGAS

24 MARÍA BLANCO

LAS RAÍCES DEL FEMINISMO LIBERAL

41 GUILLERMO MUTTONI

EN DEFENSA DEL DERECHO A POSEER ARMAS

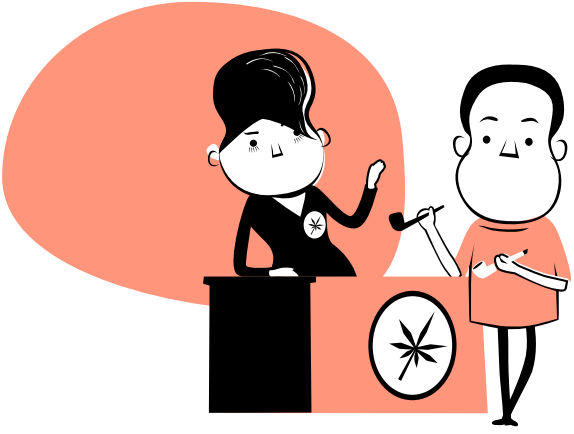
54 JOSÉ BENEGAS

LIBERALISMO SIN PASTORES: OCCIDENTE Y RELIGIÓN

ALEJANDRO BONGIOVANNI

LEGALIZACIÓN DE LAS DROGAS

Abogado de la Universidad Nacional de Rosario, magíster en Derecho y Economía de la Universidad Di Tella y magíster en Economía y Ciencia Política en Eseade. Es director de Fundación Libertad, ONG liberal creada en 1988 en Rosario, Argentina.



ANTONELLA MARTY: Quiero que conversemos sobre un tema bien polémico: las drogas. Antes me gustaría remarcar una cuestión puntual sobre una planta histórica: el cannabis. Una planta que ha tenido un rol muy significativo en la historia de la humanidad y que hoy es brutalmente perseguida por tantos gobiernos a lo largo del mundo.

Antes de todos los condicionamientos morales, religiosos o políticos, las cosas eran muy diferentes en torno a las drogas. Las poblaciones antiguas, pensándolo ya en el Neolítico, no tenían problemas a la hora de darle uso a todas las partes de la planta. De hecho, hace más de 5.000 años el cannabis se usaba como remedio.

Otro ejemplo: los asirios. Usaban el cannabis como medicina e incluso extraían la fibra para darle un uso textil. No nos olvidemos tampoco de Gutemberg, quien imprime la Biblia de 42 líneas en el año 1456 sobre papel de cannabis. Esta planta ancestral representó un elemento central en la historia del desarrollo cultural de los seres humanos.

Fijémonos también en lo que fue el *Club des Hashischins* (Club de los Hachisinos), aquel grupo parisino que exploraba las experiencias de las drogas, donde se encontraban Victor Hugo, Alejandro Dumas, Charles Baudelaire, Gérard de Nerval, Honoré de Balzac y Eugène Delacroix. Esto es algo milenario, Alejandro... ¿Por qué hoy nos empeñamos tanto en castigar su uso? ¿Entran en juego los condicionamientos o mandatos religiosos morales?

ALEJANDRO BONGIOVANNI: Es milenario el uso de sustancias que alteran nuestro estado mental. Es milenario, es natural. No somos ni siquiera la única especie que consume sustancias que alteran su estado mental. Hay una restricción que nos imponemos y que llamamos salud pública cuando, en realidad, y creo vos diste en la clave en la introducción, se trata más de una cuestión moral.

Hay un libro de Thomas Szasz que es nuclear en la literatura con respecto a las drogas y la libertad, titulado *Nuestro derecho a las drogas* (1992). Creo que debemos subrayar lo siguiente: tenemos derecho a las drogas. Con esto no estoy diciendo que hay que

consumirlas. No hay que hacer una apología de las drogas para decir que tenemos derecho a las drogas, como no hay que hacer una apología al consumo de hamburguesas para decir que tenemos derecho a comer hamburguesas.

Szasz plantea muy bien que, en realidad, la prohibición de las drogas se trata menos de salud que de una cuestión ética, y que, a la vez, está bastante vinculado a una cuestión estética. Ese punto que plantea Szasz es muy interesante. Es decir, los chinos eran mal vistos en San Francisco, entonces se les prohibía el consumo de opio y se prohibía el consumo de opio porque era una cultura mal vista. El peyote de los mexicanos era mal visto, entonces se lo trata de sancionar y de reprimir porque allí también hay algunos dejos de «no me gusta mucho tu cultura».

Tú mencionabas los diversos usos que se le han dado a las drogas. Un uso que también corresponde mencionar es que cumple una función de ritual, una función de ciertos ritos que se dan en grupos y en comunidades, y que, vamos, no tienen nada de

malo. Como hay otros ritos que igualmente ayudan a crear otras comunidades, como la misma comunión que, digamos, es un rito eucarístico muy interesante y que ayuda a crear lazos comunitarios y religiosos. Entonces, siempre hemos tenido esta cuestión de restringir el consumo de lo distinto, de lo que nos repele, pero por supuesto no tenemos ningún problema con que la gente tome *whiskey* y se emborrache y cambie su estado mental a través del *whiskey* o de otras sustancias como, por ejemplo, el café. Se evidencia que aquí hay una cuestión moral, ética y estética muy fuerte que ha hecho que las políticas respecto a las drogas hayan sido totalmente erradas desde el punto de vista ya no solo de la libertad, sino también desde el punto de vista de cuestiones de eficiencia. Las políticas respecto a las drogas han sido ineficientes y esto hay que subrayarlo cientos de veces.

AM: Charlemos sobre los mitos que, como bien mencionabas, giran en torno a las drogas. Uno de los grandes argumentos en contra de la legalización de estas es que, por ejemplo, si legalizamos el cannabis

va a haber un mayor número de consumidores: primero, los hechos históricos muestran que esto no es así. Tal es el caso de Portugal, un país que legalizó y que, de hecho, redujo las tasas de consumo. Hay un estudio de Glenn Greenwald titulado *Drug Decriminalization in Portugal: Lessons for Creating Fair and Successful Drug Policies* (2009) que señala que «la despenalización no ha tenido efectos adversos en las tasas del consumo de drogas en Portugal», las cuales «en muchas ocasiones se encuentran ahora entre las más bajas de la Unión Europea».

Empero me parece interesante llevarlo al caso del cigarrillo o del alcohol: porque sean legales, si yo no deseo o si soy consciente de las consecuencias perjudiciales que su consumo puede tener en mi salud o en mi cuerpo, yo no voy a consumir más alcohol o más cigarrillos por el simple hecho de que sean legales. Eso creo que es más bien una cuestión de generar conciencia, pero, además, seamos honestos: si alguien quiere consumir drogas donde son ilegales, es más que seguro que esa persona va a tener acceso a las drogas de la manera que sea.

AB: Es una clave eso que tú estás tratando, Anto, porque en este debate los prohibicionistas tienen que hacer desaparecer un espécimen de consumidor que es el mayoritario, y... ¿cuál es ese consumidor? El consumidor no adicto. Ese no entra en el esquema mental de un prohibicionista. Un consumidor tiene que ser un adicto o una persona deslizándose en un plano inclinado hacia la adicción. No existe para el prohibicionista una persona que se modere, lo cual es ridículo porque la mayoría de los consumidores son consumidores no adictos, y los adictos consiguen droga a cualquier precio, en cualquier tipo de mercado. Entonces, la pregunta no sería tanto de cómo es la elasticidad-precio o en cuánto se incrementará o caerá la demanda, sino si la demanda que se va a incrementar es la de adictos o la de consumidores responsables, porque a mí no me preocupan los consumidores responsables, el problema, si se quiere y si lo queremos llevar a un terreno de política pública o de argumentos utilitaristas, son los consumidores adictos, pero claro, para el prohibicionista todo consumidor es un adicto. Entonces, que reconozca el prohibicionista que su

problema no es de cálculo utilitario, sino un problema moral. Listo: «No me gusta el hecho de consumir drogas que no me gusta consumir. No tengo problemas con que la gente tome ansiolíticos, no tengo problemas con que la gente tome *whiskey*, pero no me gusta que la gente fume marihuana, no me gusta», así dicen. Entonces que lo planteen en esos términos. Al menos seamos honestos en la discusión.

AM: Nosotros sabemos lo que sucede, como bien lo decías, con toda prohibición y cómo esas prohibiciones acaban creando siempre un mercado negro detrás de esa regulación. Mientras las drogas sigan siendo ilegales, el narcotráfico –que es uno de los grandes flagelos que tenemos en América Latina– va a seguir teniendo su negocio asegurado. Hay una frase de Gloria Álvarez que me gusta mucho y que es de su último libro, *Cómo hablar con un conservador*, donde ella dice (parafraseándola) que como el alcohol y los cigarrillos son legales es que hoy no vemos, por ejemplo, a los fabricantes de *whiskey* Johnny Walker matándose a balazos con los fabricantes del ron Bacardí. Por eso es que tampoco vemos a los

fabricantes de cigarrillos Marlboro o Lucky Strike matándose entre ellos.

AB: Los narcos tienen un armamento pesado (incluso más pesado y tecnológico que el que tiene el propio Estado). Esa tecnología de punta con geolocalización sofisticada, todo ese equipamiento cuesta mucho dinero y todo eso sale del dinero que tiene el *gap* del precio que tendría el producto con el sobreprecio que tiene gracias al mercado negro. Hay un trabajo de Jorge Castañeda Gutman, *El narco: la guerra fallida* (2009), que muestra cómo el precio de la cocaína aumenta exponencialmente conforme se acerca al destino final. Por ejemplo, los autores plantean que un kilo de cocaína pura en Colombia salía, en el momento de la publicación del libro, aproximadamente en USD 1600 dólares. Al llegar a Panamá ya salía en USD 2500 dólares. En México, en la frontera, salía USD 13.000 dólares; luego en USD 20.000 dólares al llegar a Estados Unidos; en USD 100.000 dólares cuando ya estaba en la calle de las principales ciudades de Estados Unidos (Nueva York, Los Ángeles, etc.). Esa exponencialidad es el

costo del mercado negro. Esa exponencialidad es el costo de pagar policías, de pagar para que te dejen cruzar la frontera, de pagar los armamentos, de pagar la seguridad, y acá estamos hablando de dinero, todavía no estamos mencionando las muertes que habría que poner en el platillo para hacer el cargo utilitario que le gusta hacer a algunos. Todo ese precio va a las arcas de personas que tienen armamentos sofisticados y que, después, ganan los territorios con sangre y fuego. Ahí tienes un gran problema que los prohibicionistas no quieren reconocer: la prohibición solo sirve para que los narcos hagan fabulosos negocios y para que, defendiendo esos fabulosos negocios, tengan que comer territorios a sangre y fuego.

AM: Lo que dices me lleva, por ejemplo, a ciertos aspectos del cannabis. Es importante hacer énfasis sobre esto porque el cannabis suele ser erróneamente asociado con la violencia. Ese es otro gran mito. Por otro lado, si lo comparamos con el consumo de otros estupefacientes, la realidad es que el cannabis no mata a nadie. Al contrario. El cannabis

es utilizado para usos medicinales, ayuda a combatir migrañas, baja la velocidad del crecimiento de los tumores, es bueno para prevenir el Alzheimer, combate el glaucoma, previene las convulsiones, baja la ansiedad, alivia los efectos de la quimioterapia, estimula el sueño, entre otros tantos beneficios. Esta planta tiene cientos de beneficios medicinales, incluso a la hora de reducir los temblores del Parkinson y otras tantas utilidades para la salud. Comparemos esto con el alcohol, que es uno de los estupefacientes más peligrosos e incluso cien veces más peligroso que el cannabis.

AB: Y no tiene efectos terapéuticos, como sí los tiene el cannabis.

AM: El alcohol causa más de doscientas enfermedades y trastornos corporales. Así y todo, cualquier persona puede salir a la calle y a la vuelta de la esquina comprar una botella con alcohol o incluso cigarrillos o tabaco, y lo puedes hacer a la vuelta de tu casa. Todo esto cuando además los efectos son bien distintos.

Aquí nadie dice que hay que prohibir el alcohol, porque eso ya lo hemos probado históricamente. Se ha visto el desastre que representó la Ley Seca en los Estados Unidos, puesta en vigencia el 17 de enero de 1920, aquella prohibición del alcohol que tuvo como consecuencia una ola de corrupción y de crimen organizado en los Estados Unidos, junto al surgimiento de personajes como Al Capone y que, el 6 de diciembre de 1933, mediante la ratificación de la XXI enmienda de la Constitución, Estados Unidos derogó esta ley y puso fin al fallido experimento de la prohibición del alcohol. Entonces, desde mi punto de vista, yo no creo en prohibir. Creo que cada individuo debe ser el responsable de lo que hace con su propio cuerpo. No creo en los gobiernos que pretenden funcionar como nuestras niñeras, en los gobiernos que se creen una entidad superior conocedora de qué es lo mejor y qué es lo peor para nuestras vidas, y que por ello decidirá sobre cada una de nuestras conductas personales.

AB: Recuerda las profecías que se esgrimían a la hora de volver a liberalizar el alcohol: las familias se

van a ver rotas, la gente no va a trabajar, el sistema productivo va a colapsar porque la gente no va a poder administrar la ingesta de alcohol, van a tomar y tomar y tomar, y no les va a importar más nada. Por supuesto no sucedió nada de eso, y por supuesto no va a pasar nada si permites que la gente consuma marihuana. Hay casos empíricos por todas partes.

AM: Esto nos dirige hacia lo que conversábamos al comienzo: los condicionamientos morales y religiosos. No es tarea del gobierno ponerse a decir qué tenemos que hacer con nuestras vidas, con nuestro propio cuerpo, con lo que consumimos, con lo que hacemos, con lo que no. Además, la prohibición termina generando más daño que el consumo. Ahora, me gustaría traer a colación la icónica guerra contra las drogas.

Juan Carlos Hidalgo, del Cato Institute, tiene un ensayo bien interesante al respecto que se titula *El fracaso de la guerra contra las drogas* (2010) donde señala que «hace poco más de 40 años, el entonces presidente Richard Nixon lanzó la guerra internacional contra las drogas. La prohibición sobre ciertos

estupefacientes ya era de larga data en Estados Unidos. En 1914 el Congreso de ese país prohibió la cocaína, la heroína y drogas relacionadas. En 1937 fue el turno de la marihuana. Sin embargo, es debatible el alcance en que las autoridades estadounidenses hacían cumplir estas leyes. Todo eso cambió en 1969 con la declaración de Nixon». A esto, Hidalgo suma que «es imposible no establecer paralelos entre la experiencia de la Prohibición en Estados Unidos con lo que actualmente se vive en dicho país y en nuestra región con la Guerra contra las Drogas. La prohibición de las drogas ha hecho del narcotráfico un negocio extremadamente lucrativo. Esto se debe a que el precio de una sustancia ilegal se determina más por el costo de la distribución que por el costo de la producción». Y creo que Hidalgo se hace una pregunta fundamental. Él nos dice que «a la hora de evaluar la guerra contra las drogas, el interrogante radica entonces en si todas estas vidas perdidas, dinero, violencia, corrupción y erosión de libertades civiles están al menos logrando el objetivo de frenar el consumo de drogas en la población». Creo que la respuesta es un rotundo «no». Hablemos sobre la

guerra contra las drogas encabezada por los Estados Unidos, Alejandro. Ha sido un rotundo fracaso, ¿cierto?

AB: Sí. De hecho, muchos referentes de la guerra contra las drogas han terminado reconociendo que fue un fracaso, incluso gente que se jugó la piel. César Gaviria, el presidente que combatió a Pablo Escobar, terminó siendo un defensor de la legalización y la despenalización del consumo de drogas. ¿Por qué? Porque vio en carne propia que nunca se le gana al narco. Nunca se le gana al narco. Puedes aprender a convivir, puedes hacer de cuenta que no existe, pero no se le gana al narco. Dicho sea de paso, en Estados Unidos esto se habla mucho, sabemos quién es Pablo Escobar, sabemos quién es el Chapo Guzmán, pero aparentemente Estados Unidos no tiene ningún narco. Es impresionante, pero no hay un «John Smith» que uno diga «ese fue el gran narco»...

Los que saben de esto hoy te dicen que puedes convivir de alguna manera con el narco, hacer oídos sordos a alguna cosa y ver cómo funciona. Ahora, nunca le ganas. No le ganas porque no existe el mundo

sin drogas y no va a existir. No va a existir porque la demanda está. Es como el mundo sin que la gente tome alcohol o el mundo sin violencia. Siempre va a haber violencia, algún grado de violencia siempre existirá. Ahora, ¿para qué quieren mantener el derecho penal? Cuando, además, ni siquiera se aplica en muchos países. Se quiere mantener el derecho penal para que sea moralizante. La realidad es que el derecho penal no es para imponer una moral. El derecho penal es para que cree una conducta. Entonces, si realmente no puedes castigar la conducta porque no tienes el músculo necesario (porque, incluso, algunos delitos no los quieres castigar porque no quieres agarrar al joven en la calle por un cigarrillo de marihuana), por qué no repensar si esa conducta debe tener como herramienta al derecho penal. Creo que hay que cruzar la barrera de la despenalización y la no criminalización, hacia la legalización, que puede ser incluso en un marco regulado. Así lo veo como algo mejorador, pero quiero que se cruce del rojo al verde en el sentido de decir «esta conducta no está penada, esta conducta no es inmoral». Porque, insisto, no es inmoral consumir una

sustancia. Es tu propio cuerpo y hay gente a la que no se le permite acceder a tratamientos con cannabis que son alicientes, que son aliviadores, que generan que no sufran o mitiguen el dolor. Eso no tiene ningún sentido. No tiene sentido que se haga por un argumento moralista o de moralina.

AM: Cuando hablamos de legalización nos referimos a todas las drogas, ¿no? Porque aquí se genera otro mito que gira en torno a este tema y que parte de que la marihuana es la puerta a otras drogas (argumento que es una gran falacia y se ha visto con el ejemplo de Holanda). Sucede lo mismo con aquella creencia de que el consumo de la marihuana fomenta el delito. Si lo piensas, siendo realistas, si un ladrón fuma marihuana y quiere salir a robar, le va a salir bastante mal, probablemente ni le den ganas de salir a robar.

AB: Va a salir muy tranquilo…

AM: Claro. La marihuana no es una droga que te altera o te pone violento. Partamos de estos grandes mitos que giran en torno a las drogas.

AB: Pero ahí hay una doble falacia. Una, la falacia de pendiente resbaladiza: empezaste aquí fumando marihuana y terminas allí en una casa del crack, siendo adicto a todo. Es una falacia. Que lo demuestren empíricamente. Es una falacia. Hay un montón de consumidores de marihuana que no consumen otras drogas, y un montón de consumidores de otras drogas que no consumen marihuana. Pero, además, está el punto de «agarremos a todas estas personas que delinquen y fuman marihuana», como si el fumar marihuana los llevara a delinquir. No que son delincuentes que fuman marihuana, son gente que fuma marihuana y se convirtió en delincuente. Es una locura total. De nuevo, invisibilizan y no lo quieren ver, y por eso está lo perverso de la apología. Por eso es algo «perverso» que uno, quien consume recreacionalmente drogas, no lo pueda manifestar tan abiertamente. Porque quieren invisibilizar a la gran mayoría que consume recreacionalmente, porque les rompe el molde por completo, porque para ellos no puede existir el consumidor no adicto, no puede existir el consumidor no delincuente, dicen. Por eso te amenazan con la

apología, «no digas que fumas», «eso está mal». Se descubriría que puedes fumar y ser una buena persona o una persona productiva. Eso les molesta mucho a los prohibicionistas.

AM: Uno de los grandes intelectuales de nuestros tiempos, lo mencionaste al principio, Antonio Escohotado, escribió una obra fundamental, su obra principal, donde examina las principales drogas en su famosa *Historia general de las drogas* (1989). ¿Cómo ves la obra de Escohotado?

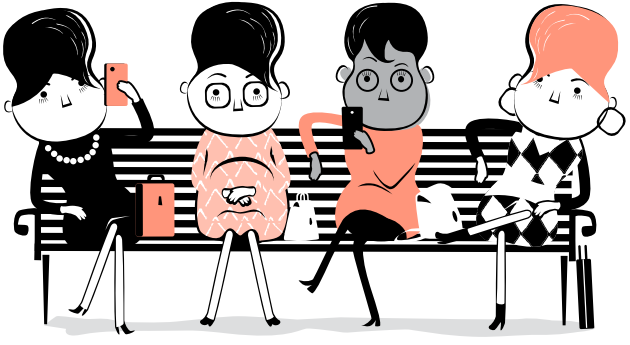
AB: Tremenda, maravillosa. Él es un escritor prolífico de varios temas, pero se lo conoce sobre todo por la rama de las drogas y ahí ves cómo ha aunado a gente que no tiene nada que ver con el liberalismo. Ha escrito una historia del comercio tan grande como esta, que es bestial, y la última vez que lo vi me dijo que estaba queriendo escribir una historia general del sexo. Pero lo que hizo con la *Historia general de las drogas*, que tiene una versión un poco más corta, es un trabajo bestial: arrastró todo lo que tenía que ver con sustancias que se utilizaban para alterar la mente, que se utilizaban como drogas, en la

historia de la humanidad, desde la historia de *Homo sapiens* a la Historia Antigua, la Edad Media, la Edad Moderna, todo. Y toda la fase que pasó la humanidad en, prácticamente, todos los países y continentes como en Asia, en Medio Oriente, en Occidente. Y la fase de prohibición, restricción y desregulación, dependió de los distintos usos que se le dieron al alcohol, al peyote, al hachís, a la cocaína y demás. Después, porque, además de ser un tremendo estudioso –el mejor estudioso probablemente de habla hispana–, él también es un «drogonauta», un «sustancionauta» que ha experimentado él mismo y que ha probado empíricamente. Entonces, la última parte tiene todo un capítulo llamado *Fenomenología de las drogas*, donde analiza una por una las sustancias (desde su punto de vista de la posología, de los principales usos) y donde también analiza los efectos subjetivos. Entonces él te cuenta, poniéndolo en términos mundanos, el «viaje» que se ha pegado con cada sustancia. Es bien interesante y me parece que no se puede ni siquiera empezar a entender el fenómeno «drogas» sin pegarle una vista a la obra de Escohotado. De nuevo, es el autor de habla hispana más importante en esta temática.

MARÍA BLANCO

LAS RAÍCES DEL FEMINISMO LIBERAL

Doctora en Ciencias Económicas y Empresariales por la Universidad Complutense de Madrid y profesora de Historia del Pensamiento Económico en la Universidad CEU-San Pablo. Su principal tema de investigación se centra en la metodología económica.



ANTONELLA MARTY: Sabes que David Boaz en un artículo titulado *Los liberales y la lucha por los derechos* (2015) nos dice que «un liberal debe necesariamente ser feminista, en el sentido de ser un defensor de la igualdad ante la ley». Hablemos sobre el feminismo liberal, María, este concepto que explicas de manera muy clara en tu libro *Afrodita desenmascarada: una defensa del feminismo liberal*. ¿Cuáles son las diferencias básicas entre el feminismo radical que vemos hoy día y el feminismo liberal?

MARÍA BLANCO: Básicamente el feminismo liberal se trata de aplicar los principios libertarios o liberales a los problemas relacionados directamente con la mujer en el siglo XXI. El feminismo liberal no es actual: esto no es un invento ni mío ni de nadie, esto viene desde el principio del feminismo, cuando la mujer en casi todo el mundo no tenía igualdad ante la ley, no tenía acceso a la educación universitaria, se le limitaban los caminos que podía escoger, y aparece el feminismo, esta defensa del derecho de

las mujeres a ser iguales ante la ley. Es verdad que por otro lado solemos pensar con una mentalidad muy occidental y creemos que en cualquier sitio ya la mujer logró todo, y la verdad es que no. Hay determinadas circunstancias en que, aunque en la letra de la ley somos iguales, en la aplicación no, y hay países donde, por desgracia, no hay igualdad ante la ley. Y luego están los países como España que, precisamente por este feminismo de izquierda radical, no hay igualdad ante la ley porque el hombre es discriminado en determinadas ocasiones. El feminismo por el que me preguntas o la otra parte de ese feminismo de izquierdas, radical, el excluyente, es una perversión de la defensa de la mujer y se ha transformado en el hembrismo, es decir, de la misma forma que el machismo es la asunción de la idea de que el hombre por ser hombre está por encima de la mujer, es más valioso que la mujer, es capaz de hacer más cosas, tiene preferencia en determinadas cosas. El hembrismo consiste en considerar que la mujer por ser mujer tiene preferencias, puede hacer más cosas, hay que darle determinado trato de favor. Yo, personalmente, como libertaria, creo que

no debe haber privilegios por razón de sexo ni nada por el estilo.

AM: Teniendo en cuenta que ese feminismo original tiene sus bases liberales de las que hablábamos, estableciéndose en ese anhelo de la igualdad ante la ley, la educación de todas las mujeres, ¿cuáles son los fundamentos liberales que impulsan al feminismo en sus orígenes?

MB: Para sorpresa de todos es el individualismo. Es muy poco original. Yo entiendo que quienes nos estén oyendo pueden pensar que esto es lo de siempre, que es lo que defendemos todos. Sí, por supuesto. ¿Qué esperaban? ¿Que en el siglo XVIII o en el siglo XIX hubiera mujeres que frente a una mentalidad muy machista de mujeres y de hombres, y de un tipo de familias, de instituciones preconcebidas para favorecer y privilegiar al hombre, que frente a eso alzaran la voz, no solamente ellas: ellas y ellos? Todo aquel que defiende la libertad individual ha de hacerlo no por su género o por su raza o por su estatus, sino por todas las personas. En esta defensa

universal de la libertad individual empujaban también hacia una mayor libertad para las mujeres. Eso quiere decir, para ser más concreta, que todo aquello que interfiriera con los planes y el camino elegido por una mujer para desarrollar sus planes, como por ejemplo, que a lo mejor no quería casarse o no necesariamente quería tener un cierto número de hijos lo antes posible, es decir, podía –porque eso es la libertad–, pero no tenía porqué asumir el rol exclusivo de madre criadora de hijos –con todo mi respeto hacia ese rol–, sin hacer menos a la mujer que lo eligiera. Al revés, la mujer que lo elegía era la que seguía el modelo ortodoxo. Por ejemplo, respecto a la educación, estaba prohibido que las mujeres estudiaran en universidades. Tenían que ser profesores o padres o novios o amigos o en este caso hombres que estaban en la universidad que entendían que la inteligencia no discrimina, y que se puede ser muy listo o muy tonto siendo mujer o siendo hombre, o procediendo de cualquier lugar. Esto es hasta que se abre la ley que da la posibilidad y el acceso de todas las personas a la universidad. Por ejemplo, también, a la hora de disponer de caudales propios, de fondos

propios, de patrimonios, de trabajar por un sueldo remunerado sin tener la obligación de darle el sueldo al hombre. Ese tipo de cuestiones que conforman una libertad individual que para muchas de nosotras viene dado, hemos nacido ya con ellas y tal vez por eso no las valoramos.

AM: Uniendo los conceptos que conversamos hasta el momento, podríamos afirmar que hoy está bastante tergiversado o distorsionado el feminismo. Hoy se vende como feminismo salir a destruir la propiedad privada o los espacios públicos, incitar la violencia o proponer la intervención del Estado en estos asuntos, aspectos que yo creo nada tienen que ver con lo que busca y representa el feminismo en realidad, históricamente, por alcanzar libertades que durante un largo tiempo fueron negadas a la mujer. Prácticamente durante la mayor parte de nuestra historia, las mujeres primero eran propiedad de sus padres, después pasaban a ser propiedad de sus esposos y, como bien lo recopilaste, María, tampoco tenían acceso a la educación, no tenían acceso a la posesión de bienes o acceso al voto. No olvi-

demos que para el año 1900 las únicas mujeres del mundo que podían votar eran las de Nueva Zelanda, en países como Francia esto sucede en 1944 o en Suiza en 1971. Es una realidad que, por más que muchos quieran, no se puede negar. El rol del feminismo debe ser ponderar la igualdad ante la ley. ¿Podemos afirmar que se ha distorsionado bastante el feminismo hoy en día?

MB: Con el feminismo sucede igual que con muchísimas otras banderas que la izquierda está levantando. En cuanto invaden y politizan, asumen la desgracia o los problemas o la libertad ajenos para sus propios rendimientos e intereses electoralistas o de captura de poder. Son los *rent seekers* de los que habla la Escuela de Public Choice. Pero con muchísima más desvergüenza y sin ningún tipo de pudor, porque si fueran honestos, si realmente las campañas de las feministas de izquierda radical o incluso las feministas de izquierda moderada que no salen a romper cosas, si tuvieran de verdad honestidad, no estarían saliendo por Madrid o Buenos Aires o cualquier otra ciudad civilizada, sino que estarían

en aquellos países donde de verdad se están disputando las grandes batallas de la libertad de la mujer. Además, otra cosa. El machismo no es un mal solo para la mujer. El hombre es el otro gran perjudicado del machismo, porque mientras que la mujer no podía estudiar en la universidad, se descargaba sobre los hombros de los hombres la necesidad de salir a buscar el sustento para la familia, tener un estatus, casarse con la mujer adecuada, demostrar lo viril que eres teniendo dos millones de hijos, y en tus modos demostrar lo «macho» que eres, lo hombre que eres. Se les aconsejaba en determinados casos mantener a raya a la mujer, demostrar la personalidad, todo ese tipo de cosas sobre las que no veo muchos estudios y, sin embargo, el hombre también es víctima de ese tipo de mentalidad arcaica y ancestral que yo creo todos coincidimos en que es terrible. Pero estas personas que defienden el feminismo más radical o que dicen defender a las mujeres, yo no las veo realmente haciendo campañas duras o severas o exigiendo a los gobiernos que denuncien la mutilación genital femenina, etc. No me creo esa defensa inocente, desinteresada, de la libertad por-

que sí. Yo creo que están utilizando a la mujer igual que utilizan a los niños, a los mayores y a todos los que pueden para tener más poder, eventualmente tener un partido político o, por ejemplo, ser asesora de género en grandes empresas –algo que está muy de moda ahora–. A las empresas les viene bien porque si su responsabilidad social corporativa sale reforzada al igual que su imagen y tienen una asesora de género, esto quiere decir que estas personas, normalmente mujeres, van a poder vivir de ello. Están viviendo de algo que dicen defender desinteresadamente. Si las mujeres fuéramos de verdad libres y de verdad ricas, estas personas no tendrían de qué vivir, se les acabaría el cuento. Si de verdad se lograra la igualdad ante la ley, si la mujer tuviera asertividad suficiente para defenderse, si funcionaran los tribunales, si hubiera rendición de cuentas y cada mujer pudiera elegir su camino, ¿de qué van a vivir? De nada. Necesitan, exactamente igual que necesitan la pobreza para seguir viviendo de los pobres, necesitan que la mujer dependa de los gobiernos y del Estado para poder vivir de ellos.

AM: Qué acertadas tus palabras. La dependencia, la hipocresía que vemos en este tipo de ramas. Ahora, moviéndonos hacia el otro lado de la cuestión, ¿no crees que, a la derecha, al conservadurismo, le molesta, le da miedo o le hace ruido la palabra «feminismo»?

MB: Pues sí, pero ten en cuenta que la derecha siempre ha sido muy clara. La derecha asume que el rol de la mujer es el tradicional y que el rol del hombre es el tradicional. En España hay un partido político que se llama Vox que propuso en la Comunidad de Madrid que existiera una Consejería de la Familia. A nadie se le escapa que se trata de familias tradicionales. Que se promocione la familia como valor cultural me parece fantástico porque efectivamente la familia es la célula madre que soporta todo el tejido social. Ahora, la familia de ahora no es la misma que la de antes. Eso es así. Por supuesto que los partidos tradicionales cuando defienden la familia además te preguntan como para obligarte a posicionarte si defiendes la familia o no. Yo defiendo un concepto de familia que ellos claramente no, entonces salen

con que si es «natural» o no, si es «antinatura», ya que ellos defienden la naturaleza de una determinada manera muy concreta. En países como España han marcado la pauta este tipo de ideas durante toda la dictadura. Actualmente hemos superado el tema de la dictadura o lo que se conoce aquí como «guerracivilismo», y es verdad que dentro de diferentes partidos –e incluso adentro de Vox– te encuentras con personas más abiertas, y en los partidos de izquierda quizás te encuentras con personas mucho más cerradas, en el sentido que son feministas de ultraizquierda sectarias, que se lo toman como una especie de religión. Pero, efectivamente, aparte de estos dos movimientos radicales, yo creo que sí puede haber un diálogo respecto del rol de la mujer, el rol de la familia, etcétera. Un diálogo que no es un diálogo pautado ni por el gobierno, ni por el ministerio, ni por nadie, es decir, nada de comisarios políticos, simplemente un diálogo en la sociedad civil. Creo que los ciudadanos somos quienes debemos defender nuestros valores, y estos se defienden no lanzándose a la calle saliendo a romper cosas, sino con el ejemplo. Yo creo que el ejemplo es la mejor defensa del valor.

AM: Ya que mencionabas a este partido político Vox, me llama la atención que muchas personas dentro del movimiento liberal defiendan a partidos políticos como este, que es un partido nacionalista, sindicalista, proteccionista y de la derecha conservadora. Tenemos a tantos conservadores que se hacen llamar liberales o libertarios, pero que nada tienen que ver con eso. Yo veo partidos políticos como Vox que hablan de sus propios modelos de familia, de lo que debe ser la «familia natural», hasta los he escuchado hablar de la homosexualidad como si fuera una enfermedad. ¿Cómo lo ves?

MB: Yo no tengo problema con que la gente esté equivocada. No me ofende que las personas tengan un concepto de lo que es el bien y el mal que no coincide con lo que yo pienso. No me molesta excepto si utilizan al Estado para imponer aquello a los demás. Que existan partidos políticos que representen diferentes mentalidades, es lo normal.

AM: Es lo que siempre va a defender el liberalismo.

MB: Claro, que existan diferentes opciones, que exista multiplicidad de modelos de pensamien-

to, que haya personas que siguen las directrices ultraconservadoras, católicas, judías, etc., me parece bien siempre que no se trate de utilizar al Estado para imponer algo, o que no use al Estado para su propio beneficio, que son cosas diferentes: una cosa es que en el Estado islámico la religión es la ley, y ahí me refiero a que no utilicen al Estado para imponer sus ideas, pero luego está el que, por ejemplo, utiliza al Estado para su propio beneficio porque tiene una religión determinada, entonces llega una época sagrada y te imponen determinadas normas. Ahora, lo que estábamos hablando es una gran preocupación. Los libertarios nos hemos centrado en hacer mucho hincapié en la libertad económica y en que el dinero de los ciudadanos debe estar en el bolsillo de los ciudadanos y eso nos ha llevado a defender más la empresa que la libertad económica. Eso quiere decir que muchos empresarios o algunos empresarios se han aprovechado de estas ideas para pedir reducciones de impuestos y, a la vez, estar haciendo pactos debajo de cuerda con los gobiernos. Eso se ha visto mucho en los gobiernos de derechas, en el de Aznar por ejemplo, o con los «libertarians for

Trump» que son personas que se definen «libertarias» pero no dudan en apoyar a un señor que favorece los monopolios, o en el caso de cualquier gobierno de derecha donde estos conservadores liberales en Europa son los típicos que están de acuerdo con bajar los impuestos pero también con favorecer determinadas empresas, entonces hay que ser muy cuidadosos con los principios que uno defiende, y vivir conforme a ellos. Por eso decía lo del ejemplo, porque si tú defiendes que el dinero de los ciudadanos debe estar en el bolsillo de los ciudadanos, creo que no es compatible con eso el que por detrás se hagan acuerdos con los gobiernos, se apoyen determinados partidos políticos para cuando estos partidos políticos suben tener ciertas prebendas y ciertos privilegios frente a los demás. Creo que la culpa o la responsabilidad que me atribuyo o que atribuyo a los libertarios es que la libre empresa está muy bien, la empresarialidad está muy bien, pero ojo, porque no todos los empresarios que defienden la libre empresa defienden el libre mercado: quieren privilegios en ese mercado, quieren que les bajen los impuestos, quieren favorecer la empresa, quieren

que haya libertad de contratación, quieren lo mejor de la libertad y lo mejor del intervencionismo, y nos hemos dejado comer terreno. Eso por un lado. Por otro lado, hay quienes defienden estrictamente la libertad económica, pero luego el resto de las libertades les chocan con sus propios principios. Yo conozco conservadores liberales y libertarios que no tienen ningún problema con personas que piensen distinto, y no están dispuestos a someterse y legislar la moral. Conozco personas católicas que defienden que debe haber una separación entre la Iglesia y el Estado, y eso, si tú lo miras desde un punto de vista católico o de cualquier otra religión, lo que más puede proteger a la Iglesia es estar apartada de las garras del Estado, el no deber nada a nadie, el ser un organismo autónomo e independiente que tiene su jerarquía y sus máximas autoridades, independientemente de la fe que proclaman como organización. No todo el mundo lo ve así. En España, por ejemplo, es mítica la imagen de Franco, el dictador, bajo palio al lado del obispo. Ese tipo de imágenes ha hecho mucho daño. Por mucho que tengamos una cultura católica que yo reconozco hay cosas que la Iglesia ca-

tólica ha hecho bien en mi país a lo largo de su historia, pero creo que es un error esa asociación entre las autoridades políticas o la representación del Estado (estoy hablando del rey) y de la Iglesia católica. Que la reina de España tenga que ser católica, que los rituales tengan que ser católicos, que se tengan que casar, que no se puedan divorciar, que tengan que acudir a eventos religiosos porque sí. Si los invitan entiendo que vayan, pero entiendo también que vayan a eventos de otras religiones a los que también se les invite. Entonces, esa asociación es muy peligrosa porque lleva a toda la confusión a la que estabas haciendo referencia.

AM: ¿Es el capitalismo uno de los mejores amigos de la mujer?

MB: Sin ninguna duda. Sí. Ese capitalismo entendido como el sistema económico que acompaña una democracia liberal en la que hay un cumplimiento de las leyes, rendición de cuentas y justicia para todos. La autonomía financiera es básica para que la mujer sea independiente. La historia así lo corrobora.

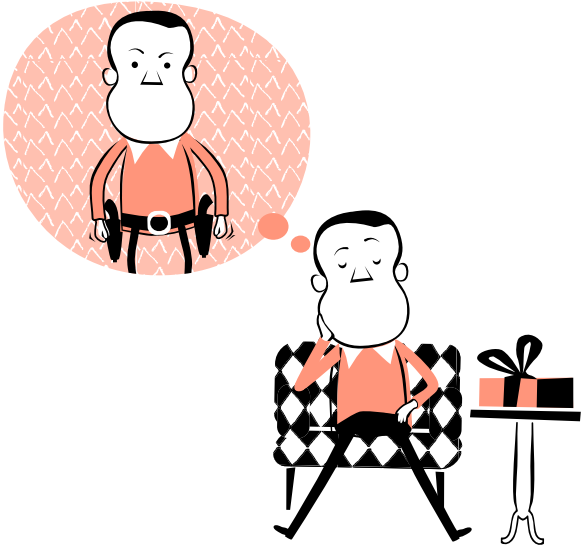
AM: ¿Cuáles son tus referentes o autoras liberales? ¿Qué referencias bibliográficas tienes sobre el feminismo?

MB: Por supuesto que, incluso si hay cosas en las que no estoy de acuerdo con ella, pero me parece que es una provocadora maravillosa, Camille Paglia. Todo Camille Paglia, no solo lo que escribe acerca del feminismo, sino lo que escribe acerca del arte también. Wendy McElroy, una autora canadiense, menos conocida, todo lo tiene *online* y es una persona maravillosa que tiene clarísimo esto. La verdad que en España hay cada vez más mujeres que defienden el feminismo liberal de alguna u otra manera, tal vez algunas más aproximándose a la socialdemocracia, pero alejándose del feminismo de izquierda radical, por ejemplo, Lola Pérez, una de ellas.

GUILLERMO MUTTONI

Director de la Asociación de Industriales y Comerciantes de Artículos para Caza y Pesca (AICACYP) de Argentina.

EN DEFENSA DEL DERECHO A POSEER ARMAS



ANTONELLA MARTY: Esta temática es muy importante a la hora de hablar de libertades individuales. Esto es, el derecho a poseer armas. Son muchas las ocasiones en las que tantos gobiernos a lo largo de la historia han presentado prohibiciones del porte de armas con ese supuesto objetivo de reducir la violencia, de reducir los homicidios, pero bien sabemos que los resultados de aquella política de desarme y de control de armas nunca son buenos. Estas políticas no solucionan ni un poco la violencia: todo lo contrario. Cuando se recurre al control de armas y al desarme de la población, lo que sucede es que no se están quitando las armas a los delincuentes y a los asesinos, sino a aquellas personas honestas y decentes que tienen armas para su legítima defensa. Fíjate que eso lo remarca muy bien el autor Jeffrey Miron, académico del Cato Institute de los Estados Unidos, quien explica el modo en que esas leyes terminan imponiendo costos sobre las personas que tienen y usan armas sin causar daños a

otros, ya sea para cazar, coleccionar, practicar tiro, autodefensa o simplemente para la tranquilidad mental. Bien sabemos que, si un delincuente quiere conseguir un arma, aunque estén prohibidas, no caben dudas de que la va a conseguir como sea, al igual que sucede con toda prohibición y el que quedará desarmado será usted, seré yo o quien nos esté leyendo ahora mismo. ¿Por qué tenemos a tantos gobiernos recurriendo constantemente a esta política de desarme?

GUILLERMO MUTTONI: Es una solución facilista por parte de los gobiernos. Prohibir siempre es fácil, pero siempre se le prohíbe al que cumple con la ley, no se le prohíbe al que no cumple con la ley: a esos no se los persigue. Lo que buscan los gobiernos en esta prohibición es encontrar una «solución» a problemas que no pueden solucionar. La verdad es que no solucionan nada, porque lo único que hacen es agravar el problema al desarmar a los ciudadanos que cumplen con la ley. Tendrían que preocuparse en desarmar a los que no cumplen con la ley: a los delincuentes. Ahí es donde fallan. ¿Por qué se

arma la gente? ¿Por qué hay inseguridad? En América Latina los índices de homicidios son los más altos del mundo. Esto es producto de políticas que no cuidan a la sociedad. Tienen incidentes, tienen delitos y, ¿qué es lo más fácil? Ir al instrumento. Prohibir siempre es más fácil. No sirve para nada, pero «queda bien» para los gobiernos, para la comunidad, para los grupos antiarmas que trabajan detrás de todo esto y suman para que esta realidad se pueda concretar en distintos gobiernos. Tan es así que fíjate cómo han ido incrementándose los registros de las exigencias para tener un arma. Ha ido esto con el mismo crecimiento que la inseguridad: más requisitos, más inseguridad.

AM: Qué bueno que traigas esto a colación. Siempre digo que prohibir el porte de armas es, tal vez, como prohibir los matafuegos en todos los edificios o en las casas, ¿no? Por el simple hecho de que tenemos que esperar a los bomberos. La realidad es que, en la mayoría de estas ocasiones, necesitamos algo ya sea para apagar el fuego de manera urgente o para defendernos ante alguien que busca atentar

contra nuestra propia vida. En la mayoría de los casos los bomberos o, en el caso que nos atañe, la policía, se tardan bastante en llegar y a veces puede ser muy tarde. ¿Qué mejor que uno pueda recurrir a la propia defensa si alguien le quiere hacer daño a uno mismo o si alguien viola tu propiedad privada? Además, el delincuente no tendría los mismos incentivos de entrar a robarte o ir a matarte si sabe que en tu casa tú puedes estar armado. Fíjate que en 2004 la Academia Nacional de Ciencias examinó más de doscientos cincuenta estudios académicos, más de cien libros, más de cuarenta publicaciones estatales evaluando ochenta medidas del control de armas. Los investigadores no lograron encontrar una sola regulación que haya reducido el crimen violento. Como bien decías recién. Un año antes, en 2003, el Centro para el Control y la Prevención de Enfermedades (CDC) informó acerca de las prohibiciones de municiones, las restricciones sobre la compra, los períodos de espera, los registros, los permisos y las leyes de tolerancia cero. La conclusión del CDC es que no hubo una evidencia conclusiva de que las leyes reducen la violencia relacionada con las

armas. La experiencia internacional respalda esta hipótesis.

GM: Yo te diría que, además, en países como Estados Unidos donde la venta de armas se incrementa y llega a niveles récords, las tasas de homicidios están bajando. Es incluso al revés, ¿no? En 1999 se hicieron alrededor de nueve millones de chequeos NICS (National Instant Criminal Background Check System). Los NICS son el pedido de informe que le hacen al FBI para ver si las personas tienen antecedentes. En 2019 llegamos a 28 millones en Estados Unidos y, sin embargo, la tasa de asesinatos sigue disminuyendo. Países como Inglaterra, que tienen prohibidas las armas, tienen un índice más alto que España, por ejemplo, que tiene en la casa una cantidad de armas impresionante, muy parecido al caso de Francia. Son soluciones muy facilistas y están promovidas por organizaciones antiarmas cuyos titulares, claramente, tienen armas y tienen custodias armadas y que te dicen que tener un arma es un problema. Brasil es otro ejemplo: quiso aplicar la ley de desarme y ha sido muy estricto, y no ha hecho más

que incrementar la tasa de homicidios. Tienes dos casos contrapuestos en América: Brasil, con más restricciones, donde aumenta la tasa de homicidios; y Estados Unidos que, con más armas, baja la tasa de homicidios. Me parece que el problema no pasa por el instrumento, sino por lo social, y lo social es lo que los gobiernos no saben controlar, al menos en América Latina donde el problema es más grave. Los norteamericanos tienen otra concepción de la vida.

AM: Además, en Estados Unidos está la Segunda Enmienda a la Constitución, que protege el derecho del pueblo estadounidense a poseer y portar armas. Traigo esto a colación, Guillermo, porque los números nos dicen mucho. Tú mencionabas ejemplos como el de Brasil o incluso Rusia, un país que tiene fuertes leyes de control de armas que no han logrado bajar las tasas de criminalidad. Si vemos casos de prohibición a nivel histórico, fíjate el caso de Gran Bretaña, que hace ilegal la tenencia de armas de fuego en 1997 y eso no evita que la violencia armada aumente un 40 % desde entonces. Por eso hay

que mostrar la evidencia empírica. Fíjate también el caso de Australia, que prohíbe una gran variedad de armas de fuego y, así y todo, a los cuatro años de haberse aprobado esa ley, los asaltos a mano armada aumentaron un 51%. Entonces, tú lo comparas con países como Suiza o Israel, que tienen altísimos niveles de tenencias de armas y, así y todo, tienen bajos niveles de criminalidad. Incluso si lo llevamos a Estados Unidos, como bien mencionabas, en los Estados en los que es más fácil caminar armado se redujeron en un 10% los homicidios, los asaltos, las violaciones. Si queremos verlo en términos de ideas, los regímenes totalitarios históricamente, en el siglo pasado, como los de Hitler, Stalin o el mismísimo Fidel Castro en Cuba, todos ellos decretaron de entrada la prohibición de la tenencia de armas y el desarme de la población, y en la otra cara de la moneda tenemos a Thomas Jefferson, a John Locke, quienes fueron grandes promotores de la portación de armas. Lo que se plasma, precisamente, en esa Constitución de los Estados Unidos que defiende la portación y la tenencia de armas, que considera muy peligroso, además, desarmarse frente a

los aparatos estatales, frente a los gobiernos, y esa Segunda Enmienda que recién mencionábamos garantiza el derecho de la gente a poseer armas. Lo decía Voltaire en su momento, «sin el derecho a la defensa propia los individuos no podrían defenderse de los ladrones vulgares ni de los gobiernos tiránicos». Guillermo, sobre los números, las estadísticas que nos muestran cómo los asaltos se incrementan en proporción a las prohibiciones de los distintos Estados de los Estados Unidos, yo recomiendo mucho el libro *Gun control* de Robert Kukla. Quiero preguntarte sobre este fenómeno tan interesante, ¿qué nos dirías?

GM: Allí hay muchas independencias desde los Estados, cada uno lo va resolviendo. Tienes a California que te prohíbe los comercios, a Texas que te permite la portación, Chicago es una ciudad con mucho delito y está prohibido, así que hay una relación directa. Todo se pone en discusión por estas grandes matanzas que son acciones aisladas, pero hay que trabajar sobre estas personas puntuales, no es la comunidad, no son los 28 millones de personas

que solicitaron un registro, son cien en diez, veinte años. Entonces hay que trabajar sobre estos problemas sociales, sobre problemas mentales, no hay que trabajar sobre el instrumento. Es fácil trabajar sobre el instrumento. La realidad es que los norteamericanos, en los lugares donde tienen portación lo llevan mejor, y fíjate que todas estas matanzas ocurren en los *Gun Free Zones*, es decir, en las zonas donde no se pueden portar armas.

AM: Lo importante es que cada uno pueda poseer armas y cuidarse de estas personas, poder responder antes que tener que esperar a una policía que siempre tarda.

GM: Hay un tema que parte por la educación. Uno de los caballos de batalla de las organizaciones que están en contra de esto es que la gente se lastima a sí misma porque tiene un arma en su casa, entonces el hijo le va a pegar un tiro al padre o el padre al hijo. Todo esto es cuestión de educación. Tenemos que trabajar esto. Argentina es un país que tiene una tradición de muchas armas, la mayoría sin

registrar porque cada día te complican más la vida. Hay que educar.

AM: Hablemos un poco sobre la antítesis de Argentina y de estos casos latinoamericanos. Hablemos sobre Suiza. Es interesante porque Suiza tiene el mayor número de armas por persona en toda Europa y es el tercero en el mundo con mayor cantidad de armas por habitante. Eso viene de una tradición en Suiza que comienza cuando se establecen las bases de la Antigua Confederación Suiza, en 1291, y el pueblo decide armarse para preservarse a sí mismo y a su independencia. En el siglo XIX, al establecerse las bases de Suiza como Estado moderno se promulga la neutralidad incluso en la política exterior. Además, la práctica de tiro está también en la tradición de los suizos. ¿Qué podemos decir sobre este caso?

GM: Suiza es un país totalmente distinto. En muchos países el gobierno no confía en sus ciudadanos y siente que tiene que protegerlos; en Suiza el Estado debe tener fe en sus ciudadanos y no necesita hacer locuras. Es una sociedad moderna, respetuosa

de la ley. Muchos gobiernos incluso quieren prohibir las armas con el argumento de los suicidios. Si alguien tiene la intención de suicidarse, me parece que la falta de un arma de fuego no va a cambiarlo.

AM: Para eso habría que prohibir todo: cuchillos, sogas.

GM: Hasta prohibir un edificio de más de dos pisos. Pero sí, Suiza es un caso especial, es como debería ser en todos lados, donde se respeta al ciudadano, el ciudadano respeta la ley y el que no la respeta tiene problemas. En Argentina la mitad de los casos policiales no se resuelven. Si los casos policiales no se resuelven, si no se resuelven los delitos, si la Justicia no actúa, ¿qué esperamos que suceda? No se soluciona la inseguridad, entonces se cree que prohibiendo un instrumento o regulando que la gente de bien no tenga el instrumento, se va a solucionar. Entonces, los únicos que lo tienen y los únicos que pueden armarse son los delincuentes.

AM: Recordemos las palabras de Cesare Beccaria, filósofo, jurista y economista italiano del siglo XVIII,

quien en 1764 escribe *De los delitos y las penas*, y dice que «prohibir armas sería lo mismo que prohibir el uso del fuego solo porque quema, o el agua solo porque ahoga», que «leyes de ese tipo hacen las cosas más difíciles para los asaltados y más fáciles para los asaltantes», y remarca el modo en el que «sirven para estimular el homicidio en lugar de prevenirlo, ya que un hombre desarmado puede ser asaltado con más seguridad por el asaltante». A modo de conclusión, insisto, tenemos que dejar de ver las armas con una connotación negativa, como sinónimos de violencia, como sinónimos de muerte, como sinónimos de crimen, y empezar a verlas como un derecho fundamental de los individuos, el derecho a la autodefensa y a la protección de la propiedad. Recordemos que cuando las armas están fuera de la ley, los que están fuera de la ley son los únicos que tienen las armas.

JOSÉ BENEGAS

LIBERALISMO SIN PASTORES: OCCIDENTE Y RELIGIÓN

Abogado por la universidad de Buenos Aires, máster en economía y ciencias políticas por Eseade, ensayista, periodista y comentarista de medios internacionales. Conductor de radio y televisión y *podcaster*. Dos veces segundo premio del concurso internacional de ensayos Caminos de la Libertad en México.

ANTONELLA MARTY: José, escribiste un libro que me resultó espectacular: *Lo impensable: el curioso caso de los liberales mutando al fascismo.* Me parece un texto muy importante para alertar sobre esa peligrosa presencia de los colectivismos de derecha. Efectivamente, hay una derecha disfrazada de «liberal». Tú dedicas un capítulo a este aspecto y, precisamente, a Hans-Hermann Hoppe, este colectivista de derechas quien se llama «el verdadero libertario» y, a la vez, sostiene todo lo opuesto a lo que la tradición libertaria significa. Además, tiene ese documento, ese escrito «sagrado» fundacional, titulado *A Realistic Libertarianism*, de aquello que estos personajes llaman «paleolibertarismo». Como tú bien lo dices, «está la dieta paleo y está este otro producto», pero «paleolibertarios» que sostienen que lo que no se ajusta a su modelo de revista de los años cincuenta es «marxismo cultural». Hans-Hermann Hoppe, miembro del Mises Institute, llama a discriminar activamente a todo aquel que no sea blanco y heterosexual. Los «paleolibertarios» desprecian lo que

para ellos es «distinto» o «antinatural», como les gusta llamarlo. Desarrollemos sobre las ideas de Hoppe y sobre qué es esto de ser «paleolibertario», ¿qué es?

JOSÉ BENEGAS: La verdad es que hay una gran falsificación de los conceptos. Es muy parecido acuando la izquierda se viste de ecologismo, por ejemplo, que, en realidad, lo que hay atrás es una agenda muy concreta de anticapitalismo, de meterse con las empresas y demás. Y aquí sucede lo mismo. Hay como una idea de volver a un pensamiento de la década de los años cuarenta, hay una combinación de ese pensamiento de la década de los años cuarenta –estoy hablando del nacionalsocialismo, y no estoy acusándolos acá de tener los mismos pecados, sino simplemente de compartir una base de pensamiento– y una mezcla también con una cierta visión antimodernista que está contra el liberalismo como un todo. No solamente una oposición a cuestiones económicas o formas de administración de gobierno, sino al liberalismo en tanto respeto a la individualidad y a la vida privada, básicamente. Hans-Hermann

Hoppe tiene este escrito donde hace un viraje con una serie de sofismas, y sostiene que como el liberalismo no está a favor de la igualdad socialista –es decir, la igualdad de resultados– tiene que estar a favor de la desigualdad. Y aquí, por este mecanismo tan absurdo, sostiene que, por lo tanto, tiene que ser de una derecha clasista, que tenga en cuenta la primacía del hombre heterosexual blanco. Un disparate, pero, además, un disparate que viene disfrazado de «liberalismo verdadero» a través de este apelativo de «liberalismo paleo», con lo cual quieren decir que son unos «liberales más liberales que todos, más extremos», y desvirtúan completamente el pensamiento liberal. Al liberalismo le interesa la igualdad ante la ley, en la que Hoppe también descree, y fuera de eso no está a favor de la desigualdad como tampoco lo está de la igualdad. Su principio es la justicia y como tal la justicia requiere que cualquier individuo en una situación igual sea juzgado de la misma manera sin prerrogativas de ningún tipo, como las de raza o sexualidad que le interesan a este autor. De la interacción libre pueden resultar desigualdades o igualdades, da lo mismo si eso es

resultado de intercambios en un marco de igualdad ante la ley. Pero esta falacia de Hoppe solo está construida para fundar su reino blanco heterosexual, libre de la gente que no le gusta. A mí no me sorprende tanto que surjan posiciones falsas como el éxito que ha tenido esto en una cantidad de liberales asustados por, diría, los beneficios de la vida moderna y los avances de la libertad de las personas en la vida que eligen. Adquieren, entonces, esta forma falsa de liberalismo para proteger sus prejuicios. Creo que ha tenido un peso muy grande en el éxito de este paleoliberalismo que es un falso liberalismo, el temor al cambio de la sociedad que no es propio de los liberales para nada, ¿no? No es para nada coherente que un liberal tenga que escandalizarse por la vida de los demás. Se habla mucho también en esa postura de la defensa de la «familia» como la defensa de Occidente y hay una cantidad de cuestiones que tienen que ver con la libertad de las personas en la familia que ellos se la saltean, y están defendiendo, encima, una familia opresiva, ni siquiera están defendiendo una familia libre, sana, nutritiva, por decirlo en términos psicológicos.

AM: Esto nos dice mucho y es un término que tenemos que desenmascarar. Volviendo a lo que mencionabas, la realidad es que el liberalismo está a favor de la libertad, el liberalismo no te impone un formato familiar, y lo digo porque hay varios académicos, periodistas, incluso partidos políticos como Vox en España que recurren a este concepto de la «familia natural» o la «familia tradicional», esa bandera religiosa y, cabe que lo aclaremos y lo recordemos, la familia no es la base de una sociedad libre, la base de una sociedad libre es el individuo, es el ser humano. Además de esto, a estos personajes también les molesta la homosexualidad porque, claro, quieren imponerte su modelo moral de vida. Hablemos sobre estos puntos, hablemos sobre lo que, incluso, estas personas llaman «lobby gay», como si hubiese un *lobby*, digamos, el uso de la palabra «lobby», siendo un apelativo conspirativo que se le aplica a todo lo que tenga una posición distinta a la de estos inquisidores morales.

JB: Estos temas los podemos encarar desde varios puntos. Uno, esto del «lobby gay» se parece mucho a

poner a la homosexualidad, que está en un momento de reconocimiento legal a través del matrimonio gay y demás, en un lugar de conspiración contra la sociedad, como aquello de poner a los judíos en la confabulación de la «sinarquía internacional» y la «conspiración judía». Una manera de legitimar una intención agresora contra un grupo, es ponerla en el lugar de una conspiración maléfica porque como no hay nada en ellos en sí que se pueda esgrimir, digamos, a cara descubierta, lo que tienen que decir es que su racismo u homofobia es defensiva. Para perseguir a las mujeres se las acusaba de brujas. Todo esto pertenece a la misma intención macabra de segregar a un grupo, sin asumir al menos lo obvio de explicar el por qué del odio. Y los *lobbies*, por sí mismos, en realidad no están mal, yo puedo tener un *lobby* para bajar impuestos, puedo tener un *lobby* para quitar regulaciones, para conseguir la privatización del subsuelo en Argentina. El *lobby*, por sí mismo, no está mal, pero asignarle este aspecto conspirativo permite ponerse como víctima de ese grupo, es como los nazis alemanes que se ponían como víctimas de los judíos. Esto en un marco

de pensamiento político es un peligro para toda la sociedad, no nada más para quienes son objeto del escarnio. Miremos como la homofobia de Hoppe lo lleva a pensar en un ejercicio de la fuerza para excluir a quienes no le gustan. Lo mismo hace cuando afirma que la sociedad nacional tiene un derecho de propiedad sobre el territorio, lo que implica sostener una forma de comunismo. Todo porque no le pareció mal, o le gustó, quitarle los límites contra otros. La tapa del libro ilustra eso. Encima todas estas aberraciones éticas las ponen bajo el paraguas de la libertad de expresión que, por supuesto, todo el mundo tiene libertad de expresarse, pero si uso mi libertad de expresión para promover el racismo, entonces soy racista, no soy liberal. La libertad de expresión no significa la legitimidad de lo que se dice o que sea correcto, moral, política o jurídicamente lo que se dice, porque justamente por eso es libertad de expresión, no para decir únicamente cosas acertadas, sino para decir también, eventualmente, cosas erróneas. Pero circunscribir la responsabilidad que tienen por lo que afirman a que son libres, les sirve para afirmar que, aunque nadie les

ponga una mordaza, no se los está respetando en su capacidad de decir lo que quieran, psicopáticamente se ponen en víctimas. A partir de ahí generan un movimiento político como una amenaza organizada a los individuos que le desagradan, que parece que no tienen libertad más que de ser echados. Ese movimiento que describiste muy bien que se mezcla con el nacionalismo y es incompatible con el liberalismo, basado en la identificación de un grupo propiciatorio, de un grupo indeseable que está promoviendo «la destrucción de Occidente» y «la caída de las familias». La familia es muy interesante, primero, porque el modelo de familia del que están hablando ya no existe: no existe porque ha desaparecido, porque es de la década del cincuenta. Los puritanos de grupos religiosos fanáticos como el Opus Dei llevaban la delantera de estas posiciones de personas que ellas mismas son un atentado a la familia, en este caso por no ser heterosexuales. Pero hace unos años el puritanismo era ejercido por familias numerosas, indisolubles, que iban a misa todos los domingos. Estos movimientos profamilia opresiva, que dicen estar siendo perseguidas, ahora le han re-

legado el papel a los divorciados tal vez, de familias ensambladas, o solterones que hablan de la santidad matrimonial como el único camino a la legitimidad moral. Gente que en su vida tal vez haya ido a una misa, pero que se suben a esta narrativa «paleo» como los chavistas se suben al chavismo o los peronistas al peronismo, como un método para reclamar una legitimidad extralegal, paralela. Esto es importante aclararlo, porque el Dios de esta gente es apenas un Perón o un Chávez, que hace que ellos puedan pisotear a los demás porque ese poder les pertenece por derecho propio. Algo que no se ajusta al liberalismo, pero mucho menos al cristianismo. Hoy no sé en qué cantidad está, pero muchas familias, no sé si serán mayoría, pero muchas están, como digo, ensambladas, son familias de gente que se separa y se vuelve a casar. La posición de la Iglesia hace veinte años era que los divorciados ni siquiera podían ser invitados a la casa de los santos católicos. Ahora han cambiado, ¿por qué? Porque esa posición eclesiástica, pro esta familia que no existe, no tendría adeptos si fuera de nuevo con la cuestión del divorcio, se quedan sin militantes, entonces tienen

que buscar un grupo propiciatorio menor, y ahí han encontrado en la homosexualidad esta herramienta –utilitaria– para sembrar esta cosa en contra y promover y fortalecer una posición política. ¿Por qué tienen éxito? Porque la homosexualidad está en casi todas estas familias. En casi todas las familias, que ellos llaman «bien constituidas», hay algún homosexual que es el relegado. Puede ser soportado mientras guarde su lugar calladito y sin protestar. Eso se realiza ejerciendo una autoridad paterna que está basada en lo legal, eso hay que recordarlo, es una autoridad paterna que está sostenida por el Estado. El individuo o la persona dentro de la familia tiene que ser disuelto, en esta apelación a la familia como una cosa sacrosanta e intocable, con lo cual el individuo que no está, aparentemente, sujeto a los deseos del Estado, está sujeto a una familia estatizada, a una familia que tiene un poder legal. Eso hay que recordarlo. Yo no sé si aquellas normas a las que apelan para canalizar su maldad son cristianismo, porque yo me he estado preguntando estos días si Jesucristo era conservador o no, ya que él formaba un grupo con solteros a los que invitaba a abando-

nar sus familias para seguirlo a él que, podríamos decir, enseña que deberías seguir tus principios también para con quienes te rodean. Este es un poco el mensaje. Pero ni hay que llegar a analizar eso porque este es un catolicismo instrumental: yo no los veo hablar de amor al prójimo, no los veo hablar de los evangelios, nada. Nunca tienen un mensaje religioso. Tienen un mensaje diciendo: «para pertenecer a este grupo político, hay que adherir a este club y despreciar a esos, *tread on them*», porque eso les permite invocar una legitimidad política especial. Esto responde a la estructura de poder estatal que tiene la Iglesia derivada de su dominio y destrucción del Estado romano. Hay una serie de mezcla de conceptos e ilaciones muy arbitrarias y sofistas a las que recurren para ponerse en esa posición.

AM: Qué importante que traigas a la conversación el mismísimo rol de la religión en estos términos. Incluso, si lo vemos históricamente, hay un deseo de imponer ciertas creencias. Creo que esto ha sido así en toda la historia, desde la Inquisición hasta la matanza de las brujas. Además, hay que mencio-

nar otras temáticas como el silencio ante cuestiones tan graves como la pedofilia, o la pretensión de esta institución de regular la vida sexual y voluntaria de la gente y tenerla en ese estado de culpa permanente para poder generar control. Por otro lado, cómo ha funcionado en el rol de censora moral. La libertad es libertad, no es la moral católica del siglo XVI, no es el estatismo emocional del conservador. Digo, mi libertad se extiende hasta el punto donde no choca con la libertad de otro. Como señala Deirdre McCloskey y también lo hace David Boaz, «mi libertad de agitar mi brazo acaba allí donde comienza tu nariz». El mensaje para los conservadores debe ser el siguiente: mis libertades no terminan donde comienzan tus sentimientos.

JB: Es exactamente como tú dices y, además de una imposición moral, es una imposición psicológica. Por eso hacen tanta referencia al tipo de familia que es un tipo de familia opresiva, porque familia es, en verdad, lo que uno elija. El matrimonio actual, basado en el amor, es una creación del capitalismo que permite a los individuos liberarse de las obligacio-

nes que imponía la familia o la propia Iglesia, como lo explica muy bien Von Mises en su libro *Socialismo*. Es decir, es una consecuencia de que los individuos adquieren independencia respecto de su familia, sobre todo patrimonial, a partir de que pueden trabajar en una empresa y obtener un salario en lugar de depender de una dote y un lugar en la producción familiar o de la herencia. Ese matrimonio libre, por amor, después lógicamente deriva en que, si es por amor, también se termina por amor, entonces aparece el divorcio que va contra este modelo, y luego de aparecer el divorcio, de nuevo como es por amor, se abre al matrimonio homosexual porque la gente forma familia de la manera en que quiere. Esta es la libertad contractual.

Ahora, lo de la Iglesia es un dominio de tipo psicológico. Esto de la aparición de los escándalos de la pedofilia en la Iglesia, que no es un pequeño escandalo, es enorme, y la complicidad es total de todo el aparato eclesiástico, de todos los que han visto esto y no se han ido de la Iglesia. Todo el que está dentro de la Iglesia y acepta esto como algo de lo que, en-

cima, no hay que hablar, está siendo cómplice del sistema. Desde ya, los abusos de menores ocurren más en las familias, de las que estamos hablando, inclusive, que dentro de la Iglesia. Pero esas familias están domesticadas y siguen los preceptos y los consejos hipócritas de los curas que también promueven el silencio y la eliminación de la víctima como un testigo mudo que hay que tener para que no se conozcan sus realidades. No podemos estar en grupos dominados por personas que tienen este pensamiento y que están haciendo esta limpieza de los que son fieles y de los que son infieles, con lo cual, no son fieles al liberalismo, sino que están siendo fieles a un sistema de valores aparte y están llevando al liberalismo a una posición que, como liberal, no se puede tener. Lo de la culpa es clave.

Hay dos elementos básicos de culpa que maneja la Iglesia históricamente. Yo quiero, de nuevo, separarlos de los evangelios, porque es la política de la Iglesia desde que tiene existencia y de los cristianismos que no son necesariamente católicos, esto de perseguir dos funciones vitales de nuestra super-

vivencia que son el afán de lucro y la libido. Son formas de socialización, de pactar acuerdos de tipo social firmes y perdurables. En el caso del lucro con gente con quien no tenemos una unidad afectiva. El lucro nos permite establecer acuerdos beneficiosos y morales con gente con la cual no tenemos relación personal; y la libido tiene que ver con la creación de los vínculos emocionales firmes. Todo ese veneno culpógeno que se lanza sobre los individuos cuando son menores, eso es algo que en algún momento también hay que hablar (el derecho de los menores), que repercute fuertemente cuando son adultos y cuando son mayores.

Muchos de los que están en la campaña homofóbica son homosexuales, que eligen huir de la persecución convirtiéndose en perseguidores. Esto se ha visto muchas veces que, en su culpa y en la necesidad de sobreactuar una masculinidad que naturalmente no tendrían, se ponen a la cabeza de estos movimientos, que es algo bastante común en la forma de quitarse de encima la culpa que se ha creado. Se transforma en un método de adquirir certi-

ficado de masculinidad. La Iglesia y sus fanáticos son un enorme aparato de represión sexual canalizada hacia objetivos políticos. De allí surge el abuso de niños a los que no solo les hacen eso, sino que después los tratan también de indeseables y anticristianos si llegan a hablar, en un sistema de una maldad asombrosa. Así que esa Iglesia reacciona políticamente creando este nuevo populismo que busca pecadores afuera, de manera organizada y que reclama su rol como reserva moral de Occidente al mismo tiempo. Todo esto constituye un sistema perverso.

AM: José, hace un rato mencionabas a Mises. Fíjate cómo ese falso liberalismo que infiltra al movimiento tergiversa a autores como Mises o como Hayek. Están pasando cosas muy raras. Veo a personas que se declaran «liberales» o «libertarias» y que, a la par, andan celebrando la dictadura de Franco, o incluso hay personas que se dicen «liberales» pero son nacionalistas, proteccionistas, estos inquisidores sexuales e incluso racistas. Hablemos sobre estos personajes neofascistas que se disfrazan de li-

berales para legitimarse, personajes para los que su plan no es la libertad, sino el orden, dios, la patria, la familia. Y tampoco es para ellos el plan alcanzar una menor intervención del Estado posible, sino un Estado que intervenga para ellos, en la dirección correcta para ellos, hacia su modelo moral de vida.

JB: Ni siquiera moral. Deberíamos llamarlo un modelo disciplinario, porque lo moral requiere elección propia, esto consiste en un reglamento para aplicar a los demás y así liberarse de aplicárselos a ellos mismos. Esto de la paja en el ojo ajeno y la viga en el propio, que es parte de lo que olvidan como enseñanza para construir este populismo cristiano. Es una especie de apelación a lo premoderno, es una oposición al liberalismo en toda la línea cuando te dicen «no, pero en materia económica sí somos liberales»... Bueno, la economía es un problema de medios y fines. Si no hay fines libres, no hay medios libres. Así que no existe tal cosa como «una economía libre» independiente de otras libertades. Los fines tienen que ser evidentemente libres. La economía no es lo que es libre, sino la sociedad. La sociedad

libre puede ser estudiada con el método de la economía, pero la economía no es un ámbito aparte de libertades, son las mismas libertades para elegir si te vas acostar con fulana o mengana y sus medios eficientes una forma de estudiar ese desenvolvimiento. Pero, igual, tampoco son liberales en lo económico porque son proteccionistas, les encanta la intervención en el mercado migratorio como tema laboral, entonces, de liberales no tienen absolutamente nada. Lo que a mí me sorprende es qué le ha pasado al liberalismo real que se ha dejado infiltrar así y ha permitido que le sostengan falacias de esta naturaleza de las cuales el liberalismo tiene abundante literatura y que no han abierto la boca, eso es lo que más me preocupa. Igual creo que estamos viendo esa reacción ahora y, al final, todo esto lo que nos va a quedar es una poda, un liberalismo mucho más vital, metiendo temas que a la gente y a los jóvenes, sobre todo, les interesa.

AM: Hablemos sobre el concepto de «batalla cultural», un concepto que se utiliza mucho hoy en día. Yo comparto, tal cual lo explica Ricardo Rojas en su ar-

tículo *Una apostilla sobre la «batalla cultural»* (2020), que el concepto de cultura es contradictorio con el de imposición, y que, como bien lo señala Rojas, «el uso de términos militares o bélicos para referirse a la evolución de la cultura resulta incorrecto, y lleva la discusión hacia otro lugar». Es decir, no se desarrolla la cultura combatiendo a los que piensan diferente o a los que tienen valores distintos. Digo, el liberalismo, históricamente, no ha intentado imponer culturas, sino todo lo contrario: permitir que se desarrolle la verdadera cultura, que es un producto de la interacción libre y voluntaria. ¿Qué nos dices al respecto?

JB: Coincido completamente. La cultura es apenas un resultado obtenido del intercambio. No hay algo en nosotros que haga que hablemos en español, es la gente con la que hemos estado en contacto. Y tenemos acentos distintos en cuanto nos movemos unos cuantos cientos de kilómetros, como consecuencia de modos que se fueron separando en épocas de mayor comunicación. Nuestra cultura es producto de nuestras limitaciones geográfi-

cas, pero se la utiliza falsamente como método de identificación política para generar una división entre unos «otros» amenazantes, solo porque raza no queda bien, por lo menos en general, y nacionalidad remite a los verdaderos orígenes de este discurso, algo que no quieren mostrar. Lo que no tenemos de los demás que están lejos es nada más que lo que no hemos podido intercambiar. Para otros países de habla hispana nosotros sonamos y gesticulamos como italianos. Eso es una riqueza producto de la gran inmigración italiana a la Argentina, algo que el nacionalismo argentino en su momento vio también como una amenaza. Pero cultura es la palabra que se adapta a todo. En una cultura, que es un orden espontáneo, no hay nada que sea contracultural, como no hay un precio en el mercado que no sea del mercado. Lo de la batalla cultural es otra forma de crear una pureza interna y unos impuros. Esta apelación a que se corrompe la cultura de Occidente, tan vieja, tan aburrida, que no entiende que una vez que Occidente se revela con el liberalismo, todo eso que llaman decadencia es avance, desde los derechos de la mujer, de los negros o de los ho-

mosexuales, las nuevas familias, la libertad sexual, es una herramienta política por la cual ellos son nuestros jueces y nosotros la amenaza. Hay un autor particularmente falaz que se llama Jordan Peterson, que sostiene que en Occidente todos pertenecemos a una narrativa cristiana, creamos o no, y que gracias a esa narrativa apareció el liberalismo. Es increíble porque ya no es que no tengas libertad religiosa, sino que tal cosa es inconcebible y olvida que el liberalismo fue una liberación del poder medieval, sostenido por la propia Iglesia. Fue la reacción, la «infección» de Occidente, no la continuidad. Y estos no apelan a Occidente para preservar el liberalismo, sino para dejarlo de lado. En ese contexto, los liberales estos, antiliberales, y los del medio, que han adoptado este lenguaje de la «batalla cultural», que, como dice Ricardo, no parece un terreno bélico si es libre. Lo veo como una deshonestidad intelectual. Hasta ayer, así como rechazábamos al nacionalismo o al clericalismo, hablábamos de «batalla de ideas». El problema es que, si los liberales del medio que simpatizan con esta cruzada, pero no quieren reconocerlo, hablan de ideas, entonces tienen

que expresar cuáles, y lo cierto es que, si lo hacen sentados con nacionalistas católicos y gente que nos dice a nosotros «progres», se hacen indefendibles. Si usan lo de cultural, eso les funciona como un paraguas de su incoherencia y deshonestidad.

AM: Aprovecho para preguntarte sobre aspectos más de la coyuntura. Me gustaría saber cómo evalúas a todos estos movimientos nacionalistas y de derechas como Donald Trump en Estados Unidos, Jair Bolsonaro en Brasil, Marine Le Pen en Francia, el partido político Vox en España. Todos estos movimientos son colectivismos de derecha. Existe una derecha disfrazada de liberal.

Hoy el contexto mundial es preocupante. Vox, Trump, Bolsonaro, Le Pen, son todos antiliberalismos nacionalistas. Déjame citar a Alberto Benegas Lynch (h) cuando dice, respecto de los fanáticos de Trump, que «ahora hay quienes se dejan encandilar con reducciones impositivas aun cuando los gastos gubernamentales más que compensan esas disminuciones, y todo está financiado con una astronómica deuda en el contexto de atropellos al sistema

republicano». Creo que eso explica mucho. Trump tiene modales impropios de un presidente norteamericano, sus ofensas, sus guerras comerciales, sus aranceles, su elevadísimo gasto público, su aumento de la deuda, su compañero de fórmula que cree que hay que hacer uso de fondos estatales para financiar terapias de reconversión para homosexuales, la xenofobia, el racismo, el nacionalismo, su odio hacia el Estado de derecho y la división de poderes, su odio al florecimiento de la cultura, su odio hacia los inmigrantes, el modo en que ha tratado a los mexicanos y a los latinos como si fuéramos «lo peor del continente» diciendo que «de México llega lo peor» y que los mexicanos son «traficantes de drogas, violadores y criminales» (sin mencionar el disparate de la construcción del muro). Parece ser que a Trump se le olvidó la tradición norteamericana basada en recibir extranjeros con los brazos abiertos (como se lee en los pies de la Estatua de la Libertad), y, claro, luego se justifican en que quieren solo «migración legal», pero se empeñan en crear más y más políticas públicas y regulaciones que conviertan a la «migración legal» en algo complejo e imposible. Como señala

Alberto Benegas Lynch (h) en *Donald Trump: un personaje nefasto* (2016): «fascistas como Trump no tienen en cuenta que las fronteras solo tienen razón de ser para fraccionar el poder y carece por completo de sentido clasificar la competencia de las personas según donde hayan nacido y que todos debieran tener el derecho de trabajar donde sean contratados libremente sin restricción alguna. En verdad, el término moderno de "inmigración ilegal" constituye un insulto a la inteligencia (...) El clima de xenofobia que producen posiciones como las de Donald Trump se sustenta en una pésima concepción del significado de la cultura puesto que tiene que los de afuera «contaminan» la local».

Sobre el aspecto de la migración me resulta interesante la concepción que tiene David J. Bier al respecto cuando, en *El nacionalismo de Trump y el excepcionalismo americano* (2018), expresa que «ser estadounidense no tiene que ver con tener los padres indicados. Tiene que ver con la experiencia del individuo, no de sus ancestros». Bier continúa mencionando que «para Trump, millones de esta-

dounidenses que son los hijos o nietos de extranjeros básicamente se han robado su ciudadanía estadounidense y por lo tanto no deberían ser estadounidenses (...) Esta política encaja en el objetivo de Trump de reducir dramáticamente la inmigración legal. Si él obtuviera lo que busca, al menos un 60% de todos los inmigrantes legales desde 1965 –23 millones de personas– nunca hubiesen venido a Estados Unidos. El país probablemente tendría 52 millones de personas menos. De hecho, sin los inmigrantes y sus hijos, la población de Estados Unidos pronto empezaría a caer».

Pero no, ojo, «Trump es liberal porque está en contra de Maduro y es anticomunista». Por favor. Un anticomunista que legitima la dinastía de los Kim en Corea del Norte, un anticomunista fiel amigo de los rusos. Trump ni siquiera extiende el permiso de residencia a los venezolanos o a los nicaragüenses, a sabiendas de lo que representan las dictaduras de Maduro y Ortega.

Más allá de esto, en aspectos económicos, es clarísima la tendencia keynesiana de Trump. La gran pre-

gunta es: ¿el gasto público federal de Trump es menor que el de Obama? La respuesta es un rotundo «no», puesto que los gastos brutos del gobierno federal de Estados Unidos fueron de 4,53 billones de dólares para el año 2017, comparados con los 5,41 billones del presupuesto de Trump. Otro aspecto, claro, es el continuo crecimiento de la deuda pública que no tiene precedentes salvo en tiempos de guerra o de recesión. El proteccionismo forma parte de aquella demagogia populista enmarcada en las batallas comerciales. Como señala Juan Ramón Rallo en *La infinanciable revolución tributaria de Trump* (2017), «no debemos confundir los deseos con la realidad: si algún conjunto de valores ha articulado el pensamiento trumpista hasta la fecha, estos han sido los valores del nacionalismo y del mercantilismo, no los del liberalismo».

Trump es el producto de la *latinoamericanización* de la política estadounidense. Creo, como afirma Ian Vásquez en *Trump y América Latina* (2016), que Trump «ha llegado a donde está por un deterioro de las instituciones del país». El punto de Vásquez

es interesante, porque hace referencia a que «el declive marcado empezó con la presidencia de George W. Bush y se aceleró con Barack Obama. La guerra contra el terrorismo y las dos guerras en Medio Oriente que libró Bush ayudaron a concentrar muchísimo poder en la presidencia. Con el respaldo del congreso controlado por el mismo partido Republicano, Bush aumentó el gasto público». Por otro lado, continúa Vásquez, «Obama incrementó el poder del presidente al librar dos guerras (en Libia y de nuevo en Irak) sin siquiera, a diferencia de su antecesor, pedir ningún tipo de autorización del Congreso, creando así un precedente nefasto. Sin permiso del Congreso, ha bombardeado a siete países, ha justificado el derecho de asesinar a ciudadanos americanos en nombre de la seguridad y ha justificado la violación masiva de la privacidad de los ciudadanos a través de programas de vigilancia del Estado (...) El Estado de derecho ha sufrido un declive pronunciado en los últimos 15 años, según varios índices. La confianza de los estadounidenses en el gobierno, la Corte Suprema, el Congreso y otras instituciones está cerca de llegar a su pun-

to más bajo. Bush y Obama prepararon el camino a Trump».

Luego tenemos a personajes como Bolsonaro que hacen promesas liberales –cuando en realidad son conservadores– y que, luego, para no perder el voto de la élite del servicio militar o civil, abandonan esta agenda y no recortan ni un solo privilegio. Lo mismo ha hecho Bolsonaro en términos de reforma provisional, ni siquiera ha entregado una reforma administrativa de reestructuración estatal, prometió privatizar todas las empresas estatales con excepción de algunas como Petrobras, la Caja Económica o el Banco do Brasil, pero ha hecho todo lo opuesto. Incluso prometió cerrar la TV estatal creada bajo el gobierno de Lula da Silva, pero decidió quedársela para su propio populismo y la convirtió en la TV oficial de su gobierno. En términos de Estado de derecho vemos que Bolsonaro ha intervenido la policía federal, y su gobierno está en colaboración con el Supremo Tribunal Federal (STF) para extinguir el operativo Lava Jato, el mismo que detuvo a Lula, todo para proteger a su hijo que es investiga-

do por corrupción. El juez Sergio Moro, quien era su ministro, se salió del gobierno denunciando que allí dentro había un esquema de Bolsonaro para interferir la policía federal.

Luego está Vox, un partido político que se ha definido como un «movimiento social y patriótico», y que, sin embargo, muchos «liberales» siguen vendiendo como si dicho partido representara la defensa de la libertad, cuando en realidad representa todo lo opuesto. Este partido está repleto de homofobia, presenta la homosexualidad como algo «antinatural» y esto lo han dicho muchos funcionarios y representantes de Vox, un partido que cree en aumentar el poder sindical, que busca subir impuestos a las grandes corporaciones, que propone un programa de regadío para cinco millones de personas, que fomenta la cultura del subsidio, del proteccionismo económico. Este partido dice oponerse a ciertos aspectos como el aumento de impuestos, pero luego los vemos como sucedió en Madrid, en marzo de 2020, uniéndose a la izquierda del PSOE, Más Madrid y Unidas Podemos para tumbar la bajada de

impuestos que propuso el gobierno regional. Digamos, Vox tiene un inconfundible traje proteccionista y nacionalista, de industria nacional, de vivir con lo nuestro, de encierro. Son partidarios de sociedades cerradas, en contra de la inmigración, en contra del florecimiento de la cultura, hostiles a la competencia y a la influencia extranjera. Como bien lo señaló el español Juan Ramón Rallo, «el colectivismo de derechas también es una amenaza para la libertad». Vox es, como bien lo describe el autor, «una mezcla de colectivismo nacionalista, jacobinismo administrativo, conservadurismo estatizador y dirigismo económico». Basta simplemente con mirar las *100 medidas para la España viva* propuestas por Vox, y allí veremos la abundancia del nacionalismo, el conservadurismo y el dirigismo ante cualquier otro aspecto.

Rallo ha escrito otro artículo al respecto titulado *Vox, enemigo del pluralismo económico* (2019), donde respalda el titular expresando que: «no ya porque la cabeza de lista de Vox por Albacete sea un confeso anticapitalista, negacionista, conspiranoico y ho-

mófobo personaje (algo que ingenuamente cabría atribuir a un mal funcionamiento de los filtros de selección de candidatos), sino porque la formación de Abascal ha recalcado su predisposición a perseguir y censurar a sus adversarios políticos. A día de hoy, Vox solo reclama la ilegalización de todos los partidos políticos independentistas por el mero hecho de ser independentistas (y no por los delitos que hayan podido cometer), sino que también amenaza con ilegalizar a Podemos por antiespañol y marxista (...) Al igual que el populismo de izquierdas ha envenenado por lustros la convivencia dentro de España, el populismo de derechas está contribuyendo a hacer exactamente lo mismo».

Deberíamos estar más que claros de que el liberalismo combate al colectivismo de izquierdas, pero también al colectivismo de derechas. Juan Ramón Rallo resume muy bien las propuestas de Vox en su otro artículo, *El colectivismo de derechas también es una amenaza para la libertad* (2018), cuando señala aspectos como: el colectivismo nacionalista de Vox y su apuesta por ilegalizar partidos, asociaciones y

ONG; el impulso de una política fronteriza en contra de la migración; el jacobinismo administrativo en el sentido de que Vox defiende centralizar totalmente la Administración estatal, buscando derogar las autonomías para establecer un Estado unitario y, entre otros aspectos, el conservadurismo estatizador. Sobre este último punto Rallo menciona que «cada individuo tiene todo el derecho a ejercer su libertad para vivir una vida tan conservadora como considere adecuada para él y para su comunidad.

El liberalismo, pues, no es incompatible con personas que, en su fuero interno, abracen valores religiosos o tradicionales: sí lo es, en cambio, con la pretensión de imponer esa agenda moral desde el Estado. Y eso es lo que en parte hace Vox: crear un Ministerio de Familia y aprobar una ley orgánica para «proteger» a la familia «natural» (punto 71 de la propuesta de Vox); aprobar subvenciones para las familias numerosas (puntos 72 y 73), y prohibir la gestación subrogada (punto 80). En otras palabras, Vox promueve instrumentar la ley para defender (¿de qué y contra qué?) y para subvencionar (a costa del

conjunto de contribuyentes) un determinado modelo (dizque «natural») de familia. ¿Qué hará con los otros modelos de familia que Vox considera no naturales? ¿Prohibir su constitución, como en el caso de la gestación subrogada, o discriminarlos legalmente en su ley orgánica sobre la familia?».

Por último, tenemos múltiples movimientos nacionalistas y conservadores de esta derecha europea, entre los que se enmarcan el UK Independence Party (UKIP) del Reino Unido, el Dansk Folkeparti (DF) de Dinamarca, el Jobbik Magyarországért Mozgalom de Hungría, el Partij voor de Vrijheid (PVV) de Países Bajos, el Amanecer Dorado de Grecia, el Alternative für Deutschland (AdD) de Alemania, el Freiheitliche Partei Österreichs (FPÖ) de Austria, el Perussuomalaiset (PS) de Finlandia, el Lega Nord (LN) de Italia o el Vlaams Belang de Bélgica.

Cabe mencionar también al partido Rassemblent National (RN) de Francia, partido liderado por Marine Le Pen, quien es bien conocida por sus discursos en contra de la globalización, a favor del nacionalismo económico y el proteccionismo nacional

que se enmarca, por ejemplo, en la idea de ponerle fin a tratados comerciales o aumentar aranceles contra las importaciones. En este aspecto, Álvaro Vargas Llosa en *Marine Le Pen, ¿parda o zurda?* (2017) señala que «la intención de Le Pen de controlar los precios (tarifas de gas y electricidad, los tipos de interés), potenciar el gasto público (ampliar el asistencialismo, reducir la edad de jubilación, aumentar las pensiones) y manipular la moneda (crear dinero desde el banco central, decir a los bancos a quién y cuánto prestar) ya se practicaron a ambos lados del Atlántico». A la vez, Álvaro Vargas Llosa nos recuerda que «también el discurso de la líder de extrema derecha francesa contra la inmigración (gravar a las empresas que contraten extranjeros, poner un tope de 10.000 inmigrantes) tiene cierta deuda con un sector de la izquierda. Lo que propone Le Pen –salirse del mando integrado, recuperar «soberanía» militar– lo propone también Podemos en España, que reclama "autonomía" ante la Alianza».

El RN en Francia representa una clarísima amenaza a las libertades civiles, transformando el colecti-

vismo en la base central de la sociedad, sometiendo al individuo a la masa de la identidad nacional. Le Pen presentó aquel famoso programa de 144 puntos donde resume su idea de programa de gobierno: da escalofríos. Es un resumen de nacionalismo político, limitaciones a los derechos de los inmigrantes, restricciones en términos de libertades religiosas y libertades individuales, aumento de los poderes policiales, el quiebre con las instituciones europeas, el nacionalismo económico, la búsqueda de aislar a Francia de las ideas de la globalización bajo el pretexto de la «industria nacional», el aumento del gasto público, aumento de salario a los empleados estatales, plan de construcción de viviendas, la oposición a la libre circulación de las personas, mercancías y capitales, entre tantos disparates estatistas e inquisidores morales. Juan Ramón Rallo también dedica una nota a Marine Le Pen titulada *El horroroso programa económico de Le Pen* (2017) donde apunta que Le Pen «propone para Francia menos libertades civiles, menos libertades económicas, menos globalización, más planificación corporativa y mucho más Estado».

JB: Son la parte de este movimiento que tiene poder en serio. Los que nos tocan a los liberales apenas quieren destruir al liberalismo que de verdad tiene una influencia política nula, tal vez por miedo a que pudiera resurgir como la reacción sana. Pondría en esa lista a Vox también. Son eso, son antiliberalismos nacionalistas, más o menos teocráticos, que buscan legitimidades externas al Estado de derecho liberal, y, por lo tanto, contrarias a la libertad individual. Tienen distintos grados de avance, pero las ideas son perjudiciales. Trump es un nacionalista, pero hasta ahora no es un militar golpista latinoamericano. Gran parte de lo que dice está mal, pero Estados Unidos no ha sido gravemente modificado aún. Bolsonaro lo mismo, inclusive ha tomado medidas convenientes para Brasil, pero él trae esta legitimidad anti «lobby gay», contra lo que llama este movimiento «ideología de género», que son las teorías de género que permiten explicar la sexualidad y las identificaciones con toda su amplitud y libertad, propician una educación mística moralizante. Aunque el daño no se vea en el corto plazo, el avance de estas ideas es un peligro grande para no-

sotros, que mucha gente no quiere ver porque o no está dentro de los grupos a despreciar o piensan que es remoto el problema, mientras puedan pagar menos impuestos. Pero yo veo la gran transacción, de cómo se usa un anzuelo para habilitar nuevas razones para la actuación estatal. Ahora se admite que se cuiden nuestras costumbres y eso, para los que no les importa porque consideran que están dentro de lo que será aceptado, implica reconfigurar al Estado para que mañana se meta con todos, incluso con ellos. Es como dice el poema del pastor luterano Niemöller: «Primero vinieron por los socialistas, y yo no dije nada, porque yo no era socialista. Luego vinieron por los sindicalistas, y yo no dije nada, porque yo no era sindicalista. Luego vinieron por los judíos, y yo no dije nada, porque yo no era judío. Luego vinieron por mí, y no quedó nadie para hablar por mí». Es una venta del alma al diablo. Miremos lo que está pasando en Polonia, donde el uso político de esta segregación llega a la creación de ciudades «LGBT+ free», o en Rusia, donde Vladimir Putin, sujeto adorado por los «defensores de la familia» castiga con prisión la «propaganda» homosexual.

Se subestima el peligro del nacionalismo, mezclado ahora con populismo cristiano, pero no hay que olvidar que hasta la ultraizquierda tiene hoy un cimiento nacionalista. No vas a escuchar a Maduro hablar de la lucha de clases, él habla del imperialismo, en el mismo tono que los demás hablan de los «globalistas» y Soros.

AM: Todos estos grupos del alt-right y de derecha detestan que se hable del orgullo LGBT. Creo que ignoran una lucha histórica, buscan esconderla, taparla.

JB: Sí, hay un cliché de respuesta cuando aparecen las marchas del orgullo: se preguntan de qué hay que estar orgulloso o hacen el chiste de que quieren hacer la marcha del orgullo heterosexual. Yo los invitaría a reflexionar sobre qué pasó con el homosexual de su familia. Si no lo sometieron primero al tratarlo como de otra categoría, si no se atrevieron siquiera a «aprobarlo» de tan buenos que son, como si fueran merecedores de la facultad de aprobar, o si simplemente no lo maltrataron física o psicológicamente. O qué hicieron con el gay del cole-

gio. ¿Le hicieron *bullying*? ¿Se burlaron? ¿Qué le pasó al individuo homosexual al crecer en una familia que alimentaba la homofobia, mientras se iba dando cuenta de que él o ella eran eso de lo que hablaban tan mal sus padres o hermanos y que, al hablarles así lo consideraban inconcebible en su mera existencia como persona? ¿Cómo le habrá ido igualmente en los trabajos? ¿Cuántas veces ha tenido que esconderse o cambiar de tema? Y algo más como final de este cuento, que llegue un momento en que el individuo «salga del clóset» y que en el mejor de los casos se lo felicite, como si los que lo felicitan no fueran en sí los constructores del clóset. Hasta la metáfora suena curiosa, como si la persona hubiera decidido encerrarse y no la hubieran encerrado. Que piensen en todas las burlas en el cine, en la literatura, en la televisión, en fin. El asunto es que al homosexual se le ofrece como proyecto la vergüenza, al heterosexual no, por eso no tiene que expresar orgullo. El orgullo no es por un mérito, es la respuesta obvia a la propuesta de la vergüenza. Es un grito de libertad.

ANTONELLA MARTY

HABLEMOS DE LIBERTAD CULTURAL

COORDINACIÓN EDITORIAL
Rocío Guijarro
CORRECCIÓN
Alberto Márquez
ILUSTRACIÓN
Idana Rodríguez
DISEÑO
ABV Taller de Diseño
Carolina Arnal

© Antonella Marty
© Centro de Divulgación del Conocimiento Económico «CEDICE»
Caracas, Venezuela
2021

CENTRO DE DIVULGACIÓN DEL CONOCIMIENTO ECONÓMICO—CEDICE
Av. Andrés Eloy Blanco (Este 2)
Edificio Cámara de Comercio de Caracas. Nivel Auditorio,
Los Caobos, Caracas, Venezuela.
Teléfono: +58 (212) 571.3357
Correo: cedice@cedice.org.ve
www.cedice.org.ve
Twitter: @cedice
RIF: J-00203592-7

El Centro de Divulgación del Conocimiento Económico, A.C. Cedice Libertad, tiene como objetivo principal la búsqueda de una sociedad libre, responsable y humana. Las interpretaciones, ideas o conclusiones contenidas en las publicaciones de Cedice Libertad deben atribuirse a sus autores y no al instituto, a sus directivos, al comité académico o a las instituciones que apoyan sus proyectos o programas. Cedice Libertad considera que la discusión de las ideas contenidas en sus publicaciones puede contribuir a la formación de una sociedad basada en la libertad y la responsabilidad. Esta publicación puede ser reproducida parcial o totalmente, siempre que se mencione el origen y el autor, y sea comunicado a Cedice Libertad.

Hecho el depósito de Ley
Depósito Legal DC2021000422
ISBN 978-980-434-010-9

ANTONELLA MARTY

HABLEMOS DE LIBERTAD CULTURAL

Esta serie de entrevistas seleccionadas, resultado del trabajo en conjunto entre Atlas Network y Cedice Libertad, serán de ayuda para el estudio de aspectos clave sobre la teoría y las ideas de la libertad, así como para entender que el liberalismo es mucho más que libertad económica. El liberalismo, históricamente, ha representado una lucha contra la desigualdad ante la ley, enmarcado fielmente (y de manera pionera) en la defensa de las libertades individuales, la promoción del libre comercio internacional, la libre movilidad de individuos a lo largo del mundo, la defensa de la propiedad privada, la seguridad jurídica y, entre otros tantos aspectos, los límites al poder.

9 789804 340109

cedice Libertad
IDEAS EN ACCIÓN

FUNDACIÓN Libertad

ATLAS NETWORK